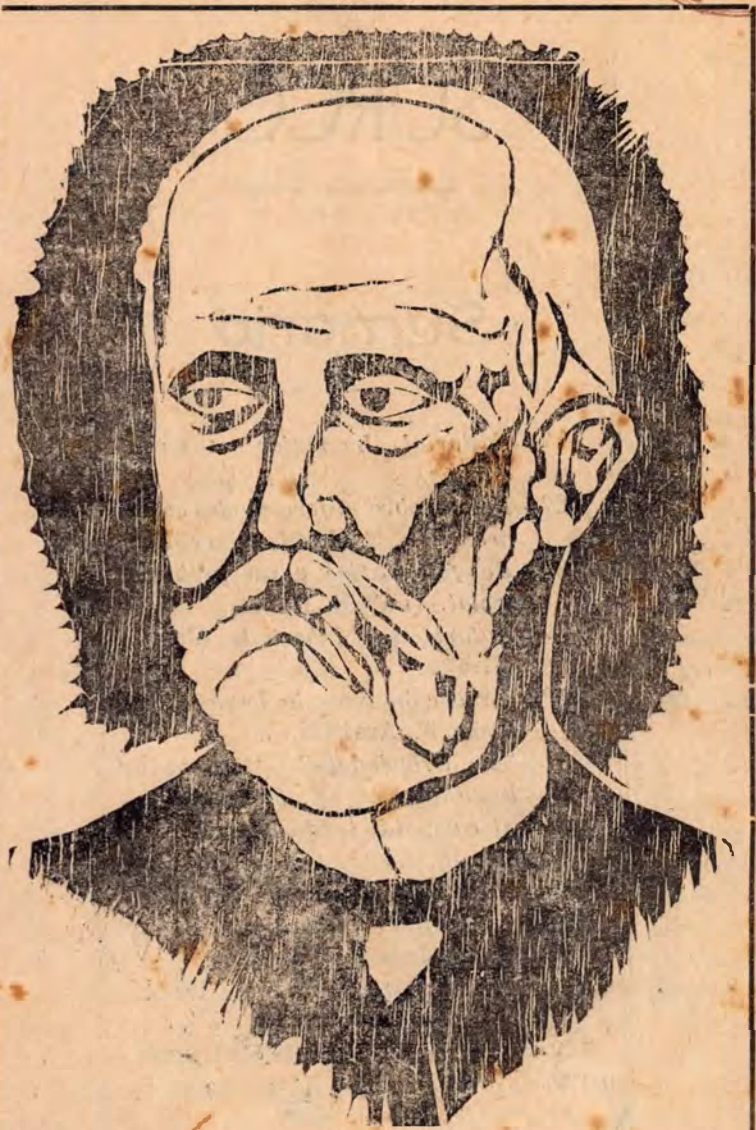


San Ramón
Costa Rica

No. 4
27 de Octubre de 1940



S
U
R
C
O
.



Madera de Edwin

Cuaderno
de
Cultura.

¢0,15

No hay que sentarse a llorar sobre ruinas. "Al contrario, tras el fracaso debe uno erguirse y evocar toda la reserva de fuerzas que han quedado inactivas, para emprender de nuevo la obra y conducirla a feliz término, sin lágrimas ni recriminaciones, con el ánimo tranquilo y el corazón henchido de esperanzas". "El que se sienta, sentado se queda". "De holgado tiempo dispondremos en la tumba para el descanso. **Mauro Fernández.**"

SURCO



Sumario

- 1º—*Editorial. La mujer y sus conquistas.*
- 2º—*Notas sobre enfermedades comunes.* Dr. E. García Carrillo.
- 3º—*Dos fotografías y un problema social.* Fabián Dobles.
- 4º—*Autoridad y Libertad.* Gastón Miralta.
- 5º—*Educación para la Democracia.* Isaac F. Azofeifa.
- 6º—*“La Oropéndola”.* R. Soto E.
- 7º—*Instantáneas.* F. J.
- 8º—*Al caer la tarde.* Francisco Karam.
- 9º—*Clubs de señoras y señoritas.* R. Brenes Mesén.
- 10º—*Instantáneas.* F. J.
- 11º—*Artista para sí mismo.* R. Lucas Rodríguez C.
- 12º—*Del Hogar.* Bertalía Rodríguez.
- 13º—*Apreciaciones.* Edwin Salas B.
- 14º—*Conceptos.* J. Soto.
- 15º—*Damas, Caballeros y Guantes.* Florence Hall.

Director:
RAUL ZAMORA B.

SURCO

Cuaderno Quincenal de Cultura

Administración
SAN RAMON:
Edwin Salas B.
SAN JOSE:
Rodrigo Facio B.

Nº 4

San Ramón, 27 de Octubre de 1940

Año I

EDITORIAL.

La mujer y sus conquistas



En días pasados el Congreso de la República emitió un decreto por el cual quedó adicionado el artículo 13 de la Ley Orgánica del Poder Judicial, en el sentido de que "la mujer costarricense de origen, que tenga el título de Abogado, puede ser nombrada para ejercer las funciones de Juez de Primera Instancia y de Alcalde". Aquí, en donde el estribillo cotidiano es el de "nuestra deficiente democracia", este decreto ha pasado por desapercibido para muchos, y, principalmente, para las beneficiadas, santas mujeres, sublime rebaño de maestras satisfechas, de esposas resignadas y plazeramente entregadas a sus invariables "oficios domésticos". Ni la mujer, ni el Profesor, ni la Prensa, se han tomado la molestia de hacer comentario alguno acerca de la importancia del mencionado decreto, no obstante de que, en un ambiente estrujado y raquítico como el nuestro, aquella disposición legal es una invitación a la mujer para que se oriente por nuevos caminos hacia un mejor destino y hacia una mejor posición dentro del conglomerado social.

Nuestras jóvenes estudiantes, se habrán dado cuenta de que ya existe una ley que les permite penetrar, como administradoras de justicia, a los recintos donde tantas veces se han burlado y menospreciado los sagrados derechos de la mujer? Se habrán dado cuenta nuestras bellas estudiantes, de que ya no es solamente en Colegios, en escuelitas rurales, en las cocinas hogareñas, en la tienda o en la farmacia, donde ellas pueden desarrollar sus mejores actividades? Pensamos que, efectivamente, serán muy pocas las mujeres que se han tomado la molestia de informarse de esa creación legal. Sin embargo, tal ignorancia —si es que existe— es perdonable en ellas, si se toma en cuenta que en Costa Rica, el Diario Oficial, o sea La Gaceta, es un órgano de publicidad que fastidia hasta los mismos empleados públicos: primero lo leen los porteros que los Jefes de Oficina. Pero, y la prensa informativa?—la prensa común que es o debiera ser fuente incesante de divulgación cultural? Desgraciadamente nuestra prensa nacional no dispone de tiempo para muchas buenas cosas. Con solo la ardua tarea de inventar largos subtítulos para llenar sus primeras columnas, hay para rato. Por otra parte, quizá le convenga más al país saber lo que un Director de Ferrocarriles le dijo a un ciudadano, o viceversa, que lo de la conquista alcanzada, inconscientemente, por nuestras mujeres en la legislación civil, dentro una democracia imperfecta. Pero, no culpemos tampoco a la Prensa. La

culpa de que se ignoren la mayoría de las cosas que en realidad interesan a la sociedad, es de todos los que buenamente nos hemos acostumbrado a aceptar métodos insustanciales, superficiales,—quizás por lo baratos—que nos mantienen alejados de las verdaderas escuelas.

No obstante, las circunstancias del presente nos indican que ya es tiempo de arar sobre nuevos y mejores terrenos...

Notas sobre enfermedades comunes

DOCTOR E. GARCIA CARRILLO

Los estudios estadísticos comparativos en todos los países del mundo se muestran conformes al indicar que ciertas enfermedades ocurren más frecuentemente que otras en los diferentes grupos clasificados por edades. Así, cada fase de la vida tiene su patología propia, subrayando las especialidades en enfermedades infantiles, de la adolescencia y de la edad adulta y senil.

También, ya lo había indicado Charles Nicolle, a algunas afecciones les corresponde el extenderse más que otras debido a la facilidad con que se transmiten o a las lagunas de la medicina preventiva.

En tiempos pasados, al inaugurarse la era de Pasteur que trajo consigo las vacunas y los sueros y el estudio de la microbiología, las enfermedades infecciosas recibieron un rudo golpe que hoy las hace cada vez menos frecuentes en los centros civilizados, pero no así en las comarcas remotas o descuidadas. La fiebre tifoidea, el tétano, las meningitis infecciosas, la parálisis infantil, la tuberculosis, entre otras, causan todavía muchos estragos.

En nuestros días, la química biológica ha realizado progresos funda-

mentales en el conocimiento de la estructura de numerosos cuerpos y lo grado efectuar su síntesis. Así vemos cómo se ha sacado del dominio de la fantasía científica a las hormonas y a las vitaminas ganando un conocimiento profundo en lo que se refiere a la endocrinología y a la ciencia de la nutrición.

Sin embargo, existe un grupo de procesos patológicos a los que se les da el nombre de degenerativos para diferenciarlos de los infecciosos. En ellos los órganos cambian progresivamente en su estructura ocasionando enfermedades. Esta evolución supone el transcurso de muchos años. Es decir la importancia cada vez mayor que se les atribuye conforme aumenta en todos los países el número de personas que pasan de los cincuenta años. Con la excepción de accidentes o de la guerra, el joven de nuestra época goza del privilegio de llegar a viejo más fácilmente que en ningún otro tiempo, pero no de escapar a las causas de enfermedad que comporta la senilidad. De tal modo que los procesos degenerativos aparecen hoy en día como de enorme importancia para nuestra civilización. Veamos cuáles son.

A veces ocurre un desenvolvimiento

anárquico en las células de un órgano y se originan tumores que por su desarrollo tarde o temprano mortal, justifican el abjetivo de malignos. En otros casos, sucede que las células se cargan de sustancias inertes, como sales de calcio, mueren, y los depósitos que se forman contribuyen a alterar los órganos estorbando el paso de la sangre por las vías de circulación que dichos depósitos afectan mayormente.

Esquematzamos así el curso de dos enfermedades de nuestra época: el cáncer y la arteriosclerosis. El espacio de que disponemos no nos permite insistir sobre el primero, pero digamos algo más de las alteraciones escleróticas vasculares.

Los órganos más afectados son, en primer lugar, el corazón; en segundo término, los riñones, y en fin otros como las arterias de las piernas, el cerebro, el páncreas, etc. En el cerebro, una defectuosa circulación interviene en la hemorragia cerebral y en los procesos crónicos de demencia senil y en otras afecciones nerviosas.

En el corazón, la degeneración de las arteriolas tiene su sitio electivo en la arteria coronaria izquierda y en sus bifurcaciones. Las tónicas arteriales se infiltran de placas ateroscleróticas que llegan a menudo a obstruir la luz arterial. Se comprende que al no circular la sangre en el tejido muscular del corazón, su funcionamiento se vuelva defectuoso, lo que causa tipos bien definidos de padecimientos cardíacos.

Las cardiopatías en esta edad se complican también con frecuencia de elevaciones anormales de la presión sanguínea y de la arteriosclerosis renal. Y así, la causa última de la muerte puede ser una intoxicación

progresiva con las sustancias que el riñón enfermo no logra eliminar.

Estas nociones sumarias nos pondrán en guardia para observar los primeros síntomas de sufrimiento cardíaco. A veces, el paciente se queja de dolores en el pecho, el cuello, los hombros o aún en los brazos. Otras veces, lo molestan las sensaciones de un cambio brusco en el paso regular del corazón. Sobreviene con frecuencia un ritmo cardíaco completamente irregular. En otros casos, la deficiencia del corazón se acusa por síntomas a distancia. El paciente encuentra cada día mayor dificultad para dormir en la posición acostumbrada y tiene que recurrir a una almohada adicional, o se despierta con una marcada asfixia, o la nota primero al subir una pendiente o al hablar.

No es raro ver en la tarde que las piernas presentan una hinchazón sin dolor que ha desaparecido en la mañana, o bien, el hígado crece y se vuelve doloroso, u ocurren vómitos. Todos estos síntomas requieren una atención cuidadosa o imponen una atención médica.

Si en definitiva, los procesos que afectan al individuo adulto con frecuencia, aún en plena edad productiva, los comprendemos mal en su esencia y no podemos prescribir un elixir de juventud como en otro tiempo buscara Ponce de León, hoy se pone a la disposición del médico un caudal enorme de conocimientos especiales en las diversas ramas de la ciencia médica. Ocupando lugar preferente, se destaca la geriátrica, es decir, la medicina de los viejos, con su corolario de arteriosclerosis.

Sus repercusiones cardíacas no son bien conocidas, la electrocardiografía y los rayos X nos permiten

asentar el diagnóstico y el pronóstico sobre bases más firmes que hace unos años, y aplicar los tratamientos que la química contemporánea ha hecho posibles. Así, hasta cierto pun-

to, aclarase el cuadro de los días en que el peso de los años nos agobie.

Próximamente esperamos dar una idea de los problemas sanitarios que afectan la salud en nuestro pueblo.

Dos fotografías y un problema social

FABIAN DOBLES

Hemos estado en el Teatro Nacional a ver la exposición gráfica y estadística del Patronato Nacional de la Infancia. Diez años de labor relativamente sintetizados a la vista del espectador. Fué el 12 de Octubre. Pero no hemos hecho ningún descubrimiento, porque ya conocemos la institución bastante a fondo. Sin embargo, se nos ocurrió ese día siluetar algunas consideraciones; y fué cuando estábamos frente a las gráficas que el Departamento Médico—Social exhibía allí. Impresionantes.

Dos fotografías: la primera, un niño, o, más verdad, un casi—niño, costal de piel floja lleno de huesecillos sin calcio, con un estomaguillo exagerado y unas piernas de alambre. Ese, el niño que ingreso al Centro. A su lado, un año, dos años después, la misma criatura, o, mejor es decir, otra criatura; el niño que egrésa. Allí está el milagro —que no es milagro porque es fisiología— de una ración normal de leche aplicada a las necesidades de la vida. Mas, antes que el milagro, está allí la gran realidad.

Muchas veces hemos oído decir —a algún mocito grande, de corbata y goma en el cuello, a una señora de novena en la mano o de salón de baile, a algún señorón de la alta política— que vivimos en la gran república, donde todos comemos y en donde el "concho" puede enlustrar su vida con un fuerte gasto de ron los sábados por la tarde y aún toda la semana. Hemos oído exclamar que no

hay problemas, salvo el de la pereza el de la suciedad, el de la malacrianza. He allí la beatitud del anacoreta que vive del ayuno espiritual; he allí al ermitaño del estudio; al que, por lleno de viento, no puede pasar de la superficie primera de las cosas; la gran conveniencia, por otra parte; la dura corteza sentimental, casi siempre.

Tal vez se piense que es por hacer metáfora que nos ponemos a escribir alrededor de dos fotografías. Pero es que no son dos: son muchísimas más, y, a su vera —en la penumbra de lo que no se ve—, un sin fin de niños que no pueden ser retratados, ya porque viven muy lejos, ya porque los centros de nutrición llegan apenas al umbral de su inmenso número. Tampoco es porque pensemos que el llamado "problema de la infancia", importante como toda cuestión de índole social, sea el único al que deben dirigirse las miradas, con mengua de una actitud integral, de conjunto, frente a lo político—social, y con peligro de que, perdido ese sentido de visión del todo, se tome otra, bien intencionada pero un tanto romántica e infructuosa, que mira hacia el niño desvalido, piensa en instituciones que lo protejan, y lo hace el centro casi único de la problemática colectiva, en la idea de que es el hombre del mañana y en él se gesta la futura colectividad. Muy lejos queremos estar de tal actitud. Para nosotros el problema de la infancia es el mismo del

adulto; y, si no los dividimos, mal podemos preferir el uno al otro. El niño que luego ha de ser grande, se desenvuelve entre mayores. ¿A qué protegerlo a él sólo, si no se protege a los que hacen su ambiente? A menos que el Estado se lo echara a la espalda, hasta darlo crecido prescindiendo de su familia, es casi seguro que todo lo que a su favor se haga será luego borrado por la canal escabrosa en que ha nacido. Y lo anterior—en relación con esa gestión del Estado—no es posible ni deseable en nuestro ambiente y desarrollo histórico actuales.

En nuestro concepto, pues, la cuestión del niño es una prolongación de la del grande, o, si se quiere, un segmento indeterminable en un círculo integral. Esto dicho, no obstante, sin menoscabo de las instituciones que, como el Patronato, se esfuerzan, hasta donde da el molde en muchos conceptos grosero y angustioso de nuestras instituciones jurídicas, por echar un grano de azúcar en la vasija amarga de un gran sector de los desvalidos sociales.

Es curioso: pero creemos, a pesar de lo dicho, que, en la sensibilidad de grupo de más de una mujer con hijos y sin marido en lo pasado y en lo futuro, esa Institución desempeña un papel interesante. Es como un anestésico, como una ilusión. Se vive de ilusiones. Hemos oído millones de veces, frases así: «Para eso está el Patronato», «vaya al Patronato», «te voy a llevar al Patronato», «en el Patronato nos dijeron». Toda una conjugación. Así se cambia una lágrima por por una idea, por un «iré allí». Y, o nunca se va allí, o, si se va, casi siempre sale al encuentro un artículo de la ley, un «no hay campo para su hija», o «ya no lo hay para su niño». Mas, esto es sólo un paréntesis.

Volvamos, otra vez, a las fotografías de los niños del Centro de Nutrición, y digamos por qué les hemos dado tanta importancia. Porque ellas, escuetas y sencillas, claras, son la gran palabra, la enorme llamada. Son como el índice puesto sobre la realidad de esta frase:

«muchas gente ayuna»; o sobre la de esta otra: «entre un niño rosado o frondoso y un niño sin calcio—niño de veroliz—no hay más que una cantidad de leche que los separa». Y esa cantidad es fundamental. Es, también, un título que dice: «levantar la cubierta, y mirar hacia adentro». ¡Qué de problemas! Porque esos niños no son sino el resultado necesario de una democracia que requiere ser revisada y progresada con valor y esfuerzo—estudio y sentimiento—.

Hemos hecho hincapié en esas fotografías, porque son emocionantes, y estamos convencidos de que la capilaridad espiritual colectiva es ante todo emocional. Lo intelectual, lo estudioso, lo seriamente preouppado, es reducido y, entre nosotros, se debate en infructuosidades académicas. Las categorías de orden cultural se encuentran estalactitizadas, son cobardes, y están tocadas—hondamente tocadas—de ese aguaturbismo de la política giratoria de cada cuatro años, y de ese perecismo—o ratonperecismo enano—que caracteriza las actuaciones de nuestro medio.

El fetichismo político continuará mientras los hombres sigan sin disciplina política, mientras sólo se den cuenta de las causas próximas, y jamás piensen en las remotas y más generales, mediante las que se ponen en movimiento sus agencias oficiales. Has ta que haya sido destronado por una verdadera educación lo que hoy usurpa su nombre, por una educación que tenga por fin enseñar a los hombres la naturaleza del mundo en que viven, se formarán nuevas ilusiones políticas según vayan extinguiéndose las antiguas.

Autoridad y Libertad

GASTON MIRALTA

IV

Pero, cómo es que la libertad democrática ha producido la injusticia y la anarquía en la organización social?

La libertad democrática —explican los totalitarios— que en lenguaje económico significa reconocimiento de la propiedad privada y del libre intercambio de los valores sociales, hizo posible que el industrialismo fuese aprovechado en toda su potencia técnica y social, en beneficio exclusivo de ciertas clases y en consiguiente perjuicio de la mayoría de la comunidad, estableciéndose así paulatinamente, en razón de esa falla, el desorden económico y el desequilibrio social.

Eso parece muy claro; pero lo que no explican bien los totalitarios es cómo eliminando la libertad económica para evitar los males de la gestión privada en la producción y el reparto de la riqueza, que es lo medular de su tesis, se puede continuar gozando y aumentando los beneficios del industrialismo, dado que si a la libertad se deben aquellos males, a ella también débense estos beneficios.

En efecto, el sistema industrial sólo pudo iniciar con fuerza su desarrollo y comenzar a dar su maravilloso rendimiento económico, cuando, a consecuencia de la Revolución Francesa y demás movimientos liberales europeos y americanos de los siglos 18 y 19, fueron cayendo todas las trabas que las instituciones feudales y corporativas le imponían al trabajo físico e intelectual, a los capitales y a la tierra. Sólo cuando cada uno pudo trabajar en lo que quiso, cuando, donde, cuanto y como quiso, con plenas ga-

rantías para su persona, iniciativas y actividades —nos referimos a la ausencia de toda coacción extra-económica—, pudo desenvolverse espontánea y aceleradamente la división del trabajo social, que constituye la base lógica e histórica del industrialismo. Haciendo abstracción de factores como el aumento de la población, la apertura de nuevos mercados y el avance de los medios de comunicación, los cuales son también por lo demás, fenómenos originados en gran parte por el liberalismo y la división del trabajo, véase en forma esquemática como ésta constituye, como lo hemos dicho, la base lógica e histórica del industrialismo: la división del trabajo social produjo la especialización de las actividades; ésta provocó la especialización de los instrumentos de trabajo, lo cual fué la condición técnica indispensable para el desarrollo del maquinismo, pues que las máquinas sólo son combinaciones más o menos complejas de esos instrumentos especializados; pero la aplicación creciente de las máquinas a todas las ramas del trabajo social es justamente lo que constituye el modo industrial de producción, el industrialismo, con su extraordinario rendimiento económico. Se trata de un proceso al alcance de cualquier observador.

Medida así la importancia de la libertad económica y de su consecuencia, la división natural y progresiva del trabajo, en relación con la productividad económica, resulta fácil explicarse por qué a lo largo de 7 000 años, desde comienzos de la historia

hasta mediados del siglo 18, mientras tabúes, sacerdotes, faraones, sectas, códigos, preceptos morales, reglas religiosas, exclusivismos locales y nacionales, ordenanzas de los reyes, organizaciones corporativas, etc., hicieron imposible el desenvolvimiento de la iniciativa del hombre y la especialización de sus actividades, hubo de caracterizarse la organización social por la pobreza y la rutina económicas. Y resulta fácil también comprender por qué cuando se liberó de prejuicios, restricciones y arbitrariedades, y pudo investigar, emprender, trabajar y organizar con plenas garantías individuales, pudo muy pronto el hombre, por la división libre y espontánea de sus actividades, enriquecer la sociedad hasta grados nunca hasta entonces concebidos.

Ahora bien, ¿están dispuestos los autoritaristas, por concluir con los prejuicios sociales de la gestión económica particular, a renunciar a que continúe desarrollándose la división del trabajo social —ni con mucho concluida aún—, que es la clave del éxito presente y futuro del modo industrial de producción? ¿O es que pretenden "dirigir" esa división del trabajo, hasta hoy realizada en forma libre y natural con el maravilloso rendimiento

económico que conocemos? Esto último —adelante habremos de examinar con cuidado las experiencia fascista y comunista— parece ser su tendencia: con miras en el mayor beneficio colectivo, fijar estatalmente a cada individuo, gremio, grupo, profesión o localidad lo que debe hacer, y cuanto, donde, cuando y como debe hacerlo; pero tal sistema, aún sin tomar en cuenta —adelante lo haremos— la esclavitud individual que implica la inverosímil capacidad lógica que en quienes lo dirigen supone, ¿no recuerda en mucho la organización corporativa —hasta así llaman los italianos su régimen actual— y no parece expuesto, por allí, a sufrir la rutina y el estancamiento de aquélla? Habrá que estudiarlo con despacio.

Pero, por el momento, como problema general digno de ser reflexionado, piénsese si no resulta extraño y contradictorio que se ofrezca para solucionar los males del industrialismo y conservar, al mismo tiempo, sus ventajas, una técnica de organización copiada, precisamente, sobre aquellas que debieran ser tumbadas y abolidas para que el industrialismo, con todos sus perjuicios y sus beneficios, pudiera imponerse...

Educación para la Democracia

ISAAC F. AZOFEIFA

IV

Las Ciencias en el Sistema moderno de Educación

Una sola característica bastaría a diferenciar la educación moderna de todos los sistemas anteriores: la base científica de los estudios. En efecto, la coronación

de los estudios en la Edad media es la Teología, el gentilhomme del Renacimiento, hasta el siglo XVIII, es educado para el uso y goce de su riqueza y de su

autoridad. Sólo el siglo XIX va a poner como cima del proceso la creación del TÉCNICO.

El mundo moderno descansa en lo económico. La investigación científica es la base del progreso de las técnicas. La industria es la extensión práctica, comercial, de la ciencia, que busca, no sólo conocer la naturaleza, sino superarla, someterla.

Frente a este mundo en que la técnica domina todas las ocupaciones humanas, el hombre ignorante de otros tiempos está desarmado, inútil, condenado a servir en el mismo nivel que el antiguo esclavo, o que la bestia de carga. La máquina, base de la producción industrial moderna, ha tenido como un signo de liberación del hombre... solo que esta liberación va realizándose en medio de sangrientos choques de clases.

El interés de la escuela es la adaptación del hombre a su medio ambiente. En este caso, su obligación es poner el acento en lo científico. La reforma de don Mruro Fernández tuvo, esencialmente ese objetivo. El plan de don Mauro proponía, no una Universidad como la anacrónica de Santo Tomás, sino un Politécnico. Su utilitarismo spenceriano lo conducía, lógicamente, a ello. Quiso hacer del costarricense un hombre práctico, disciplinado en labores de rigor científico, un hombre de empresa. Pero, en lugar de eso, ni se creó el politécnico, deseado por el fundador de nuestra escuela laica, ni ésta se organizó nunca ceñida a los fines previstos. Al contrario, a poco, escuela primaria y secundaria cayeron en un verbalismo y memorización estupidizante. En una trágica ausencia de finalidades; en una improvisación nerviosa de hombres y de asignaturas y de programas. Claro resultado de cincuenta años de ese tipo de educación es el hombre de los reportajes a propósito y con despropósitos de todo, el irresponsable intelectualismo de que nos dolemos.

Los pueblos europeos modernos, de cuyo seso había salido el nuevo orden libe-

ral y democrático, industrial y capitalista, dieron todo el valor a este técnico, a este creador de civilización. Nosotros, en cambio, al cabo hemos criado un tonto desprecio del técnico. Desconfía de él el campesino, si se trata de un técnico agrícola; desconfía de él nuestro obrero, si se trata de un ingeniero; desconfía y le mira por encima del hombro nuestro intelectualoide. Exaltamos al improvisado que acierta por casualidad, y escuchamos boquiabiertos al intelectualoide irresponsable, —cuyo destino nato está en la política de estos países americanos,— desbarrar sobre todos los temas imaginables, al aire libre o entre dos copas.

Es más, creado su confort, creado su auge económico, en la plena bonanza material, los pueblos europeos, se dan el lujo de la institución que crea la vida y obra del intelectual, del filósofo, del artista, en fin, de la cultura desinteresada. Nuestros pueblos han acogido y defendido estas instituciones y creado, entonces, una idea de la cultura que las pone, y pone a los hombres que crean esos centros, si no en abierta oposición con el medio, al que llaman bárbaro, a lo menos en la cómica situación del que vive añorando Europa, en olvido de sus deberes de ciudadano, de nuestros países, cuando no viviendo una bohemia sin dinero y sin objeto.

Necesitamos, pues, una escuela, una educación adaptada a nuestras necesidades económicas; al complejo mundo económico en que vivimos; que sea otra cosa que una institución "donde se enseña a leer, contar y escribir" ¿Dónde están las escuelas talleres, las escuelas vocacionales, las escuelas granjas, todas las instituciones circum y post—escolares en que nuestro obrero o nuestro campesino adquieran la técnica de su oficio o los principios y conocimientos y prácticas que, controlados científicamente, hagan, aunque despacio, salir al aire las magníficas condiciones de artista y de hombre de invención práctica que nuestros obreros y campesinos revelan?

ESTAMPAS ALADAS.

“La Oropéndola”

R. SOTO E

Desconfiada...! Para ocultar el oro pajizo de su pechera, no se quita ni para dormir el regio sobretodo negro-azabache.

Pretenciosa...! Se empeña en anunciar su paso por el aire en un vuelo nervioso, como parpadeo, abriendo y cerrando las alas con un ruido especial.

Ha estudiado para tiple. Se le hace la boca agua por poder cantar bien, pero la pobrecita no logró nunca salir de las primeras notas por más que continuamente hace gárgaras de clorato; no pasará pues, de ser una corista elegante y aseada, eso si, porque siempre lleva su ropaje liso, limpio y aplanchado; usa finas medias amarillas.

Es probable que viva pendiente de preceptos higiénicos, por su manía constante de enjuagarse la boca, pro-

duciendo con las buchadas un sonido extraño.

Diríase que vive en una larga calabacita seca; sus habitaciones, verdaderas colonias que desafían al agua y al viento, se columpian bajo la sombra amiga de los añosos árboles, donde bailan cadenciosa danza al compás de la brisa; muéstranse largas, resistentes, en curvaturas de ánforas artísticas... pienso que han venido en el embalaje de botellas de delgado cuello y fina cristalería, para convertirse, por el milagro de las aves, en la cuna de un idilio que incede el vendabal.

Orgullosa de su ingenio constructor, prendida a las paredes de su nido con la gracia de una marca de fábrica, se balancea cual si fuera la péndola de oro que regula el tiempo en el gran reloj de la Naturaleza.

“ Si a la obra militar de Bolívar, primera y necesaria etapa de su creación política, impusieron un límite las circunstancias a su concepto sintético de unidad continental no pudo entonces ni podrá nunca oponerse una motivada renuncia, y aún menos hoy cuando la concreción del espacio y su derivado aprovechamiento del tiempo, propician la convivencia de los grupos raciales; estrechan y dilatan las relaciones comerciales y jurídi-

cas, llevando estas a la comunidad de principios y fórmulas. No vacilo al afirmar que en cualquier momento de la historia, el espíritu de América con sus aspiraciones y caracteres esenciales, sabe reproducir, ensanchada, el alma de Bolívar: semilla prodigiosa que encierra los gérmenes de toda posibilidad y los lineamientos vitales de toda realización.

GUILLERMO VALENCIA

Instantáneas

AL HABLAR UN TECNICO SE VA A APRENDER ESCUCHANDO. En la "era del problema eléctrico" hemos nacido por treinta años muchos costarricenses. Y nos movemos aún dentro de la era. El tema apasiona por nacional y vital. Ha vuelto Mr. Krug y habló en la Junta de electricidad. Soldado de esa administración de Roosevelt que lucha contra la gran empresa, el país espera mucho de su consejo.

HABLÓ DON RICARDO EN DEFENSA DE UN RECUERDO QUE COSTA RICA OLVIDABA. A don Mauro no se le dejó continuar su o-

bra, su grandiosa obra de cultura. Quitó lo que había de Universidad y se propuso rehabilitarla sobre las nuevas bases: una institución que hiciera mérito a ese título. Se opusieron las circunstancias y a medias que dó todo. Pero no debe el país olvidar o menospreciar la figura de aquel gran reformador.

PERO HAY UNA RAZA QUE CELEBRAR EL 12 DE OCTUBRE? Hay un racimo de pueblos jóvenes que mantienen en alto el estandarte que en otras partes arriaron, y eso basta.

F. J.

Al caer la tarde

Creyente pasa, canturreando frente a mi casa.
Pasa canturreando un cántico de ala,
aún caliente de la ternura de su nido.

Pasa frente a mi casa
cuando salieres de la iglesia.
Tus ropas huelen
a las rosas maceradas de los altares
y dejan mi puerta perfumada.

Creyente pasa, canturreando frente a mi casa
para que mi alma quede embriagada
de la alegría de tu cántico,
como la puerta de mi casa se embriaga
con el aroma de rosas de tu ropa.

Clubs de señoras y señoritas

R BRENES MESEN

El espíritu de asociación en los Estados Unidos fertiliza todas las posibles actividades, todas las situaciones humanas, todas las tendencias intelectuales. Hay clubs y sociedades con los más diversos y los más extraños objetivos: porque todos ellos son pretextos para reunirse, para conversar acerca de los tópicos predilectos.

Los clubs de señoras existen en todas las poblaciones, chicas o grandes. Se asocian las viudas, las recién casadas, las divorciadas, las esposas de los militares, o del marino o de los profesores o de los negociantes o de los aviadores, las madres del hijo único, las madres y los maestros, los maestros de una asignatura, las que gustan de escribir poesía, o las periodistas, las patinadoras, las tiradoras de arco, las que coleccionan encajes o tarjetas postales, las aficionadas al radio y cada uno de los deportes tiene sus devotas, y cada una de las artes, oficios y profesiones.

Uno de los más frecuentes centros sociales de señoras y señoritas es el de lectura. Se reúnen cada semana, a la hora más conveniente para todas, a oír un resumen del libro elegido y lectura de los pasajes más relevantes del libro a juicio de la persona a quien se ha encargado e-

se trabajo. Luego se conversa acerca de las ideas o sentimientos contenidos en el libro, contrastándolos con las experiencias de las oyentes.

Tales centros son una escuela de ampliación de las impresiones de la vida. En ellos se adquiere la capacidad de mirar los negocios de la vida desde un punto de mira más alto que el que ofrece la aldea o la ciudad en que se vive. Se obtiene el material de conversación que hace posible la eliminación de las murmuraciones del vecindario y se preparan los ánimos para las otras obras de cooperación social. Gradualmente surge una filosofía de la vida en cuya esencia se halla el jugo de una más vasta experiencia que la alcanzada en el reducido círculo de relaciones de un pueblo.

Por otra parte, la lectura en voz alta y en colectividad es una más justa expresión del arte literario. La música de la palabra se pone en evidencia. Es la más feliz introducción al arte de conversar y hablar en público y al arte de la representación artística.

Nota.—Si para formar grupos de esta naturaleza se necesitare alguna mayor información, las personas interesadas pueden dirigirse a la Administración de esta Revista.

Instantáneas

PARA UNA ESCUELA ECONOMICA que —ensalzó la agricultura—, había clases estériles. Y el criterio se mantuvo un tiempo. El profesional tiene un campo de acción social. Y no se quiere decir que el obrero haga otra cosa. Cada cual es un rodaje que hace falta. Pero se

imponen épocas de justicia. El siglo diecinueve fué el siglo del obrero y es moneda hoy corriente la legislación del trabajo. Y en tanto se iba quedando solo el trabajador universitario que arrojan las Facultades. Algo debía hacer Costa Rica. Se ha laborado parte y la "Semana del Farmacéutico" ha venido a ser un nuevo esfuerzo de esa cruzada de reivindicaciones.

F. J.

Artista para sí mismo

R. LUCAS RODRIGUEZ C.

Bien surtido, amplio y próspero es el establecimiento del chino. Botica, pulpería, tienda, cantina... su cara tranquila se ve siempre detrás de los mostradores, oyendo con interés los comentarios de la guerra que los hombres saborean entre tragos, la consulta del padre de la enfermita, o las sencillas picardías de los chiquillos que llegan de mandado!

Siempre está allí, midiendo una vara de esto o un cuartillo de lo otro,... lentamente dejando que llegue el dinero.... atendiendo una receta del doctor, o recibiendo una carga de frijoles, que acomoda en la profunda bodega. Esta es una bodega inagotable, con estantes llenos de loza envuelta en papel blanquecino, y de ollas esmaltadas envueltas en papel rojizo; caja tras caja de "latas", y montón tras montón de sacos; trenzas de cebollas y borlas de candelas: todo en ese ordenadísimo desorden de las trastiendas. Y en todo está siempre el chino.

Pero no siempre está solo. En cualquier momento está expuesto a un ataque de flanco realizado por uno u otro de sus chiquillos, que se le acerca con una embajada que ya se sabe de memoria: "Papá dame un cinco pa confites..." Y siempre hay una gaveta disimulada entre los estantes y siempre hay un cinco disponible. La delgada cara amarillenta se ilumina detrás de sus anteojos, con un momentáneo reflejo de ternura.

Y cuando el movimiento decrece, y los chiquillos se han ido con su cinco, queda en calma la tienda. El próximo parroquiano verá al chino salir de un rinconcito entre los estantes del departamento de farmacia. Y al quedarse solo, allí volverá.

En ese rinconcito hay una mesa alta y cuadrada, y en ella estaba el chino dibujando. Porque en el pueblo lo conocen como comerciante afortunado, y como padre

cariñoso; pero en aquella mesa se puede ver un pedacito del Oriente de ensueño que aún vive detrás de esas facciones amarillentas. En la gaveta guarda una colección de pinceles chinos, maravillas de finura, que terminan en una punta agudísima, suave como pluma pero firme como metal. Y hay también platos divididos en campos, en los cuales se diluye la negrura de un trozo de verdadera Tinta China, que a la vista, es como un trozo de carbón de encino, duro y reluciente. De esos platos van recogiendo los pinceles extraños paisajes. Serenos cielos de atardecer y lejanas sierras se reflejan en mares tranquilos. Torrecillas caprichosas y pagodas imaginarias se levantan junto a arbolillos hechos de delicades trazos curviformes. En ese mundo escondido de sus cuadros vierte el chino la fantasía del Este, toda la sensibilidad de su alma. Dos impulsos se adivinan en ellos: el que un día lo hiciera anhelar vivir en un torbellino de trabajo artístico, y el que lo impele a buscar la serenidad en el recogimiento. Y el artista secreto busca la permanencia en los pigmentos más duraderos. Los somete a la prueba durísima de la luz directa del sol guanacasteco, empleando para sus cuadros solamente los que resisten semejante castigo. Ante la mesita de trabajo desaparecen las manos que despachan recetas y pesan mercancías, y aparecen manos orientales para los pinceles orientales. Aquellos pinceles cilindricos dan un trazo vigoroso o la más tenue de las líneas; pero causarían la desesperación de un artista occidental que los tomara entre sus dedos como se acostumbra tomar un pincel de pelo de marta, o de camello. El chino apoya la muñeca en la mesa y dobla hacia atrás la mano.

El pulgar y el anular sostienen el pincel graduando la presión con que su punta, cónica como una llama, roza el papel perpendicularmente.

Al atender sus negocios, lleva en los ojos un callado brillo de felicidad; su mente no se vuelve gris porque lleva, junto a las cuentas y a los números, un trocito de ilusión y de belleza. Puede sonreír a sus hijos, sabiendo que no ha de faltar el cinco que le piden. Y, libre de preocupaciones, con sus deberes cumplidos, puede satisfacer el ansia

interna de su espíritu ante la mesita escondida de trabajo. Con sus diversas actividades, con las distintas impresiones que recibe en el día, ha formado —se pudiera decir— un triángulo equilátero. El chino, allá en la población guanacasteca, ha encontrado en su vida la armonía.

Del hogar

BERTALIA RODRIGUEZ L.

Felíz el niño, y mil veces felíz el adulto que sienta como el poeta: «No hay sitio bajo el cielo más dulce que el hogar».

Alta y delicada función del espíritu es la de los padres de familia, desgraciadamente muchas veces no bien lograda por la preferente atención a los menesteres materiales de la vida.

Con frecuencia la pobreza y la abundancia de hijos mantiene a los padres tan ocupados que, si a esta circunstancia se une un escaso sentido de responsabilidad, ellos economizan esfuerzos omitiendo observar y corregir pequeños detalles en la vida de los hijos, detalles cuya suma ha de formar la personalidad, de la cual más tarde los padres se dan cuenta para su dicha o pesar.

Una conciencia más despierta, un cotidiano y renovado servicio en la formación no sólo física sino moral del hijo, será fuente de entusiasmo, para que no se invoque la pobreza como justificativo del abandono en la educación por parte de los padres.

La proximidad del hijo dará a cada instante en el trabajo mismo del hogar, en su pequeña y valiosísima participación, motivo para ayudarlo a evolucionar, para intercambio de ideas

y emociones, para transmitir experiencia y conocimientos con absoluta sencillez y naturalidad, sin forzados aires docentes y moralistas.

Esperar que vaya el niño a la escuela para que alguien se ocupe primordialmente de su educación, es grave error, es renunciar a un aspecto nobilísimo de la paternidad, y perder tiempo precioso en que la naturaleza espiritual y física hace acopio de material, cuya elaboración luego sorprende y maravilla.

Ni el más sabio y concretado padre podrá vanagloriarse de los méritos de su hijo, ni el más abandonado e ignorante hará fracasar al de excelsas cualidades; pero aquellos que dan ejemplo de fina entereza de carácter, laboriosidad placentera, y activo espíritu de cooperación en la sociedad, pueden estar seguros de que ningún libro, ninguna prédica o estudio de extraña biografía, dará a sus hijos enseñanza que penetre más en su corazón y que pueda estimular sus acciones en un mejor y elevado sentido.

Con el tiempo podrá aminorarse la importancia de los padres en el terreno de la instrucción, pero su figura espiritual será cada vez más luminosa si de ellos son merecedores.

CON EL AMIGO CAMPESINO.

Apreciaciones

EDWIN SALAS B.

La vida en el campo tiene, como la vida en las ciudades, ventajas indiscutibles y problemas fundamentales. Y sería difícil saber cuáles ventajas son superiores, si las del campo o las de la ciudad, porque eso lo indica la inclinación personal. Me explico mejor: al agricultor sincero le parece mejor la vida junto al surco, en contacto con las fuerzas creadoras de la naturaleza; para él eso es libertad, la libertad del campo! La vida de la ciudad habrá de figurársela problemática y estrecha, lo cual es lógico puesto que no la conoce a fondo y la ve de buena fe.

En cambio, al agricultor a la fuerza, al que pretende únicamente convertir las glebas en terrones de oro mediante el esfuerzo ajeno, tendrá que parecerle detestable la vida del campo y estrecha la acción material que el otro ve amplia porque sabe moverse dentro de ella.

Yo he experimentado las dos formas de vida y de ambas conozco los inconvenientes y las excelencias que las hacen aparecer con fisonomías distintas. Discutir lo bueno es labor escrutadora sin otro fin que el de la propaganda, ni otro afán que el meramente literario. Del campo y de la ciudad se deben examinar los problemas, pero no hacer esos estudios de suposición, destinados a llenar formalidades sin orientación ni objetivo. Eso no puede llevar a otro fin que el de aportar datos insinceros para la historia que resultaría, de hecho, de igual calidad. En el alto de una colina estuve con un amigo que elaboraba un censo. Abajo, en la rivera del arroyo, como en las faldas de las otras colinas veíanse muchas viviendas; aún arriba, algo más allá, se divisaban varios ranchitos. Mi compañero empezó por admirar el paisaje y luego hizo los apuntes numéricos respectivos: calculó el número

posible de familias y de miembros de cada una de ellas, los repartió por edades y sexos, calzó a unos y dejó sin zapatos a otros, sanó enfermos y — posiblemente — sus facultades de empleado público le alcanzaron hasta para hacer el milagro de la resurrección colectiva y para darse el derecho inofensivo de la muerte incruenta y muerte burocrática.

Así, las actividades solucionan en mucho el problema económico del hombre de la ciudad, que es el empleado del censo, por ejemplo, pero en favor del campesino no hay la menor ventaja. Todos sabemos que los números si no pasan del papel no cumplen una labor práctica.

En vez de gastar en esas estadísticas anuales se podía dotar a ciertas zonas de secadoras de maíz y arroz, sementales que levanten las razas criollas de ganado vacuno, etc. Y todo esto lo ve el hombre del campo y lo comenta amargamente, que es lo peor, ¿No es cierto que a un grupo de pequeños ganaderos le agradaría más el envío de un toro jersey que no la visita anual de un inspector pecuario que cumple honradamente con su cometido, pero que de sus apreciaciones no se obtiene ventaja concreta...?

==e==

Conceptos

El surco en la tierra recibe la semilla y devuelve con creces los frutos que sazona su cuidado; el "SURCO" del pensamiento recibe las inspiraciones y devuelve los frutos que la pluma y el cerebro edifican sobre los cimientos de un ideal.

J. SOTO

Damas, caballeros y guantes

FLORENCE HALL

Profesora de la Universidad de Chicago

Acompañada por ramonenses, cuya corteza graciosa gradualmente me iba encantando, había pasado por este pueblo, austero como un pueblecito castellano, bajo el azul magnífico, con su marco de montañas lujuriantes, verdiazules... Linda, dulce la brisa como una muchacha de quince años... Las nubes jugueteaban, festivamente... Sí, se me miraba, siempre con gracia, consideración, buen gusto, amistad... Y en mi casita ramonense maravillosamente hospitalaria se me mimaba. Princesa de los cuentos de hadas me sentía yo al dar paseos por los senderitos del patio lleno de flores, arbustos, helechos... ¡Oh, el deleite de sentir tan cerca la exquisita naturaleza! Casi podía oír lo que susurraban los misteriosos "zapatitos de indio", las caritas delicadas de las violetas coquetas, los pétalos de seda de las llamas de la elegante buganvilla... ¡Cuánto me placía esta vida al aire libre, esta vida del patio amistoso y fresco!

Pasé en mi cuarto la hora de la siesta escuchando el dulce silencio tropical de una música suave, del viento en las hojas de cuero del café y del banano... Y más tarde al tomar el te con los maestros allá en el balcón, tenía la impresión clara de que sólo renovaba viejas amistades... ¿Y ¿por qué no? ¿Quién sabe?

Ya dándome cuenta de que la sociedad ramonense no sólo es la más amable, gentil, sino que también estima vivamente la cultura... Porque a pesar de ser las calles muy oscuras, la sala de la bella Escuela Jorge Washington, símbolo de la admiración mutua de nuestra América única y grande, ensueño del heroico Bolívar, se llenó de viejos y jóvenes entusiastas por las cosas de arte y del espíritu... Allí escuchamos la voz armoniosa del gran poeta costarricense quien, años ha, el insigne Be-

nave había llamado el orador de América... Sabias, hermosas, rítmicas palabras sobre la necesidad de la disciplina, de la obediencia al ser interior, espiritual, para que se llegue a su más alta expresión, y, al fin, a la liberación... sentí en el aire el magnetismo de los ojos clavados en el Maestro, la respiración restringida de los que piensan, sienten, aspiran...

La energía infatigable, la independencia, el valor de las mujeres de San Ramón me asombraban... Esa noche fragante de amistad y de inspiración, ya cantaban los gallos antes que la simpática y alerta Directora de la Escuela y yo hubiéramos terminado una obra que, como compañeras de antaño, habíamos emprendido...

Al día siguiente era preciosa la mañanita, clara y fresca, alhajada por las esmeraldas lustrosas y vivas de los colibrís en la buganvilla, al desayunar con mis buenas y excelentes amigas allá con la cara al cielo immaculado...

En la plaza, todos contentos, endomingados, tomaban el sol... El mercado zumbaba con la charla sabrosa de campesinos indiferentes en cuanto al vender... Espumaba alegremente el chinchibí, con el retintín de granizados...

Simpáticos ramonenses me acompañaron al autobús, donde de súbito me di cuenta de que había perdido un guante. Por ser nuevos, y bonitos, decidí hacer algún esfuerzo para encontrarlo. Aunque cuando ví la preocupación de mis compañeros, de corazón bueno como el pan, sentí muchísimo haber comenzado la busca. Ciertamente ningún guante jamás había sido lamentado tan sinceramente!... En vano traté de hacerles olvidar lo que era para mí nada más que alguna inconveniencia insignificante, negligencia mía. Pero ellos aparentemente se

sentían culpables de una imperdonable falta de hospitalidad... No había remedio..... Se movía el camión... ¡Oye! Por la calle, gritando, una banderita negra en la mano, corría un joven, jubiloso de triunfo. De casa en casa había volado la trágica noticia del guante perdido. Delante de la suya había caído... El chofer hizo alto, todas las caras amistosas, inolvidablemente expresivas, brillaban de alegría, de alivio profundo. Del fondo de su alma me felicitaron de mi buena suerte, como si hubiera recobrado el tesoro de toda una vida... Casi avergonzada

me puse el guante, dándoles un millón de gracias, aunque las novecientas noventa y nueve mil eran para la representación de este drama íntimo en donde el corazón, el sentimiento, la cortesía transformaron el utilitarismo feo, vulgar, en poesía viva y bella.

Caballeros, damas y guantes!... Qué buena fortuna la mía, la pérdida de un guante en San Ramón de Costa Rica, donde he descubierto que todavía vive la fabulosa caballerosidad de cierta edad dorada, ingeniosa, que habíamos supuesto perdida!

Cuando nací, la Naturaleza me dijo: AMA! Y mi corazón dijo: AGRADECE! Y desde entonces yo amo al bueno y al malo. Hago religión de la lealtad y abrazo a cuantos me hacen bien.

MARTÍ

Camisas PRESIDENT

Estilo corriente y sport

Pídala en las principales tiendas
de todo el país

Unicos distribuidores y fabricantes

Almacén

CASTRO & QUESADA SUCS.



**BANCO NACIONAL DE
SEGUROS**

- Vida
- Incendio
- Fidelidad
- Accidentes
de trabajo.

**CREMA
DE
ALMENDRAS
FLORA**

Suaviza y refresca la piel. Abre los poros y limpia el cutis de grasa. Muy útil para fijar los polvos lo mismo que para aplicarla antes y después de rasurarse.

LABORATORIOS
BOTICA ORIENTAL